Ausencia de maldad

Miguel Cases

Ausencia de maldad

Miguel Cases

Avant
editorial

Primera edición, septiembre de 2023
©Miguel Cases, 2023

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Diseño y Edición:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Atico A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

ISBN:978-84-19970-07-7
IBIC: FA
DEPÓSITO LEGAL: M-27757-2023

Dedico esta novela a mi madre, Dolores, la mujer más excepcional, valiente, trabajadora y luchadora que he conocido jamás. Su entereza y ejemplo siempre los tendré presentes, a lo largo de todo el camino que todavía me queda por recorrer. Nunca hay que tener prisa porque acabe el viaje, sino disfrutarlo hasta que llegue la fecha de caducidad y afrontar el final sin temor, con la conciencia limpia y la satisfacción del trabajo bien hecho.

A mi amigo y escritor Fidel León, por las informaciones recibidas que me ayudaron a confeccionar este relato.

CAPÍTULO 1
SOCHI

Había sido un tórrido día madrileño de finales de julio del 2016, año en que todavía coleaban fuertemente los efectos de la crisis, aquella que algunos políticos interesados decían que ya había acabado. Al filo del cambio de día, sin haber comido nada más que un poco de queso y unos dátiles, me preparé como remate de mi espartana cena, una taza de leche descremada con cereales solubles. Era lo que solía tomarme cada noche, antes de acostarme en la cama del único dormitorio que tenía mi piso de 42 m2, situado en el barrio de Argüelles y decorado con toda clase de suaves y coloridos peluches.

De momento con aquello tenía suficiente para cubrir mis escasas necesidades de refugiarme. Pasaba tan poco tiempo dentro de él, que no encontraba a faltar una vivienda más espaciosa. Además, como es bien sabido, el precio de los alquileres en el centro de Madrid es bastante prohibitivo y el de la compra una absoluta utopía, al menos para un sueldo de periodista.

Tan pronto como me senté en el sofá, delante de una mesita baja y acerqué la taza a mis labios, sin tener siquiera tiempo de abrir la boca, ni ponerme cómoda, inmediatamente oí sonar el móvil y maldije mi mala suerte. Atender una llamada a aquellas horas era lo último que quería hacer, poca gente tenía mi número, sólo mis padres, algunos amigos y mi jefe de redacción, inmediatamente pensé en éste y acerté de pleno.

—¡Hola Isabel! ¡Buenas noches! Te he llamado al fijo y por lo visto lo debes tener mal colgado.

—Lo descuelgo a propósito. Son casi las doce y no quiero que ningún desalmado, bromista o impertinente me perturbe el sueño y ahora justamente estaba a punto de apagar éste.

—Muy bien, de acuerdo, en primer lugar, quiero felicitarte por la gran calidad de las fotos y el empeño que has puesto en el caso que estás llevando, en segundo como tú ya sabes, no soy ningún tocapelotas, o mejor debería decir toca ovarios…

—Jaime estoy muy cansada y te agradecería que sea lo que sea…

—Voy al grano, necesito que mañana mismo a las nueve en punto, sin falta, vengas a mi despacho, Eduardo, el director, también quiere verte.

Aquello me sentó como una patada en el estómago, no pensaba acudir hasta el mediodía, me había hecho la ilusión de dormir doce horas seguidas, mi cuerpo me lo reclamaba de manera insistente. De todas maneras, no quise protestarle y sólo me atreví a decirle.

—¡Cuánta prisa! ¿Si no es para despedirme, será para que me ocupe de algún asunto importante? ¿No puedo continuar con lo mismo? Ya sabes que no me gusta nada dejar las cosas a medias.

—De momento el periódico no ha pensado prescindir de tus servicios, más ya sabes cómo son estas cosas, todos tenemos que ganarnos el puesto día a día.

—Sí, lo sé Jaime, recuerdo perfectamente estas mismas palabras pronunciadas por tu antecesor, que, por cierto, lo echaron al cabo de seis meses de entrar yo. ¿No puedes adelantarme nada?

—No, ya me conoces, no es mi estilo pasar información antes de tiempo.

—De acuerdo, pues mañana nos vemos. ¡Ahora necesito dormir! ¡Estoy muerta de sueño y cansancio!

—¡Hazlo! Mañana te necesito más lúcida que nunca.

Ni siquiera le di las buenas noches, apagué el teléfono, bebí la leche con los cereales y arrastrando los pies entré en la habitación, me quité el camisón, cogí un oso de color azul y me tumbé en la cama. Un poco intrigada por lo que podía comunicarme mi jefe, barajé alguna posibilidad, como que fuera un caso de trata de blancas, narcotraficantes, mafias de delincuentes extranjeros, menores asesinos, etc.

Las posibilidades eran casi un centenar, sabía que mis reportajes de investigación habían dado buena fama a mi periódico; por tanto, de momento mi puesto estaba asegurado. Llevaba siete años allí, había sido mi primer y único empleo en todo mi currículum laboral.

Empecé de becaria y tuve que trabajar como una burra para conseguir quedarme, por suerte no tuve acoso laboral, ni proposiciones deshonestas, como les pasó a algunas de mis compañeras. Creo que mi manera de mirarlos fría y seriamente, los detenía en seco y se les iban las ganas, incluso de hacer apuestas.

Esto lo corroboré, cuando sorprendí en una conversación, un poco subida de tono, a un grupo de machitos, sobre las

mujeres de la plantilla y lo buenas que podíamos ser en la cama. No me dio la gana de hacerme la desentendida y sólo comenté. «No se hizo la miel para la boca de los asnos».

Entonces uno de ellos rebuznó literalmente, entendí pues que me daba la razón. Luego las risas, más o menos forzadas se oyeron a veinte metros de distancia.

A pesar de todo esto, por suerte, le caí bien al anterior jefe de redacción y al director. Afortunadamente, al cabo de unos minutos mi cerebro desconectó de la fauna y vorágine laboral, sumergiendo mi cuerpo dentro de un sueño bastante agitado. Aquella noche tuve una especie de pesadilla premonitoria, en la que me escondía de gente que me perseguían con fusiles, pistolas y machetes, corría por bosques, selvas, haciendas, durmiendo en cuevas, con un perro blanco y negro que me seguía a cualquier lugar que iba. En la lejanía veía una montaña trapezoidal, de un color rojo intenso, que luego cambiaba a gris y por mucho que caminase nunca lograba llegar. Como compensación, los que me seguían tampoco me atrapaban. Curiosamente el cielo nunca oscurecía y siempre aparecía teñido de un rojo anaranjado, casi del color de la sangre.

Por la mañana, antes de que se me olvidase, tuve la precaución de anotar lo soñado, conocía a alguien que decía entender de estos temas y pensé consultárselo, aunque nunca encontré tiempo para ello. Mejor así, hubiese malgastado el dinero tontamente y no creo que nadie, mucho menos yo misma, hubiese sospechado lo que me deparaban los siguientes quince meses.

Después de una ducha muy gratificante, estrené un conjunto verde manzana, talla 42, comprado hacía poco en una franquicia que hacía rebajas, tenía la misma talla que mi madre y mi abuela, de quien según decían mis padres heredé el físico y el carácter.

Desayuné un yogur desnatado y una manzana, me lavé los dientes, puse las cremas, maquillé, cogí mis mejores zapatos planos, ya que siempre me han molestado los tacones y no necesitaba aparentar más altura, gafas de sol, el bolso, unos caramelos de menta, el pintalabios, pañuelos de papel y vi que estaba lista para ir otra vez a la guerra de cada día.

Si no, que otra cosa era la vida que yo llevaba, siempre espiando, con sumo cuidado para no ser descubierta, destapando trapos sucios, aireando la endémica corrupción del país, haciendo el trabajo que la policía y los fiscales no querían, no podían, o no les dejaban hacer.

Como por ejemplo almacenar pruebas de sus robos y delitos, para que, con un poco de suerte, no les tocase algún juez que fijando una fianza ridícula les dejase en libertad provisional, para así poder destruir mejor las pruebas que los condenarían, o amedrentar a los testigos de la fiscalía.

Por otra parte, con toda seguridad, aquella gentuza podía pagarse los abogados con menos ética, más caros y tramposos del gremio. Si a pesar de todo esto los condenaban, seguramente se acordarían de mí hasta el fin de sus días y en caso de querer vengarse, no tenía ninguna duda de que lo intentarían.

Por estas y otras razones, cuando elegí estudiar periodismo, no vi ninguna alegría en la cara de mis padres, ellos hubiesen preferido que escogiese medicina, magisterio o turismo; aquí me auguraban un buen porvenir debido a mi físico; pero en realidad cualquier carrera de ciencias les hubiese parecido mucho mejor que la mía.

Tenían un concepto bastante malsano de la profesión, hecha sólo para buitres carroñeros, gente arrastrada y siempre predispuesta a mentir para contentar a los que mandaban. El

franquismo la había denigrado muchísimo, también habían contribuido a ello los programas de telebasura, la prensa del «corazón», el acecho de los paparazzi a los famosos y el fuerte intrusismo profesional que padecíamos, en ocasiones por parte de gente que no había pisado una universidad en toda su vida.

Por tanto, aunque no me prohibiesen nada, porque por suerte para mí nunca fueron autoritarios, tuve que esforzarme mucho para hacerles comprender la importancia del llamado «cuarto poder», en una sociedad con pretensiones de «democracia homologable», a la de sus vecinos europeos. Al final se resignaron, seguramente pensando que la mayoría de los hijos/as venimos a este mundo para decepcionar a los que nos han traído a él.

David, mi padre, era un funcionario docente jubilado, profesor de secundaria, procedente de Santander, anteriormente también había dado clases en primaria y en educación de adultos. Tenía muy poca familia, una tía y una prima en Barcelona, otro primo en Santillana del Mar y un hermano, por llamarlo de alguna manera, que siempre lo había despreciado, nunca lo trató con afecto y con el cual había tenido infinidad de problemas.

Al final llegó a la conclusión de que era un indeseable, del que había que estar lo más lejos posible, por tanto, como era lógico no teníamos ningún trato con él, ni con su familia. Aquel individuo se casó con otro espécimen igual que él, los cuales tuvieron una hija, que fue un compendio de los peores defectos de los dos. A raíz de estos hechos, la famosa frase de «cada mierda tiene su tiesto», era una de las preferidas de mi progenitor.

Trabajando en un instituto de Parla, conoció a Rosa, mi madre, psicopedagoga del mismo centro, ahora también jubilada y

aragonesa de origen, procedente de la franja de Huesca, territorio en el que hoy día todavía se habla catalán.

Antes había pertenecido a Catalunya y después de la división provincial de 1843, hecha por un tal Javier de Burgos, ministro durante el reinado de Isabel II, se mutiló, adjudicándose a Aragón.

Mis padres enseguida simpatizaron, sobre todo después de comprobar que compartían multitud de puntos de vista, no sólo sobre el desastroso plan de enseñanza que introdujo la ESO, sino acerca de los problemas y las trampas, que inevitablemente nos encontramos todos a lo largo de nuestras vidas. Si alguna vez hubo dos almas gemelas, que el destino juntase, éstas eran las de ellos dos.

Y aquí se quedaron a vivir, en Madrid, «el rompeolas de todas las Españas», como decía Rafael Alberti en alguno de sus versos, en pleno centro histórico de la capital de la piel de toro, el muy castizo barrio de la Latina.

Yo era hija única, por lo visto al nacer en el año 1988 no me porté muy bien, mi madre tenía entonces treinta y tres años y como consecuencia de traerme al mundo, tuvieron que hacerle una histerectomía. No pudo tener más hijos y la verdad es que de pequeña encontré a faltar un hermano/a con quien hablar, jugar, discutir, tener secretos, alborotar, armar follones, jugar con los muñecos y pelearme en casa.

Luego a través de las experiencias ajenas, aprecié las indudables ventajas de ser la princesa del castillo y acaparar en exclusiva las atenciones de ambos. Mi madre también fue hija única, por desgracia sus padres dejaron esta vida muy pronto, el cáncer y el tabaquismo se encargaron de acortarles el camino.

Debido a esta circunstancia, esta droga legal estaba rigurosamente prohibida en mi familia y a mí también me inculcaron este radical rechazo desde mi infancia. Todo ello con la intención de evitar que Hacienda ingresara más dinero a mi costa y mis pulmones pudiesen estar sanos. Lo cual viviendo en el centro de Madrid y teniendo en cuenta al alto grado de contaminación de la capital, no dejaba de ser otra utopía.

Mis compañeras de trabajo más veteranas, me aseguraban que ocho años atrás, en nuestra sala de trabajo, había siempre una especie de niebla tóxica permanente, debido al humo de los puros y cigarros. Aquello con toda seguridad, fue la responsable de que la vida media de los que trabajaban allí, no pasara de 65 años, tanto para los fumadores activos, como pasivos, mi redacción pues era una fábrica de viudos/as, ahorrando así un montón de dinero en pensiones a la seguridad social.

Ni siquiera se respetaba que alguien pudiese padecer alguna enfermedad pulmonar o estar embarazada. Era una manera completamente legal de suicidarse uno mismo y de paso llevarse por delante a algunos compañeros/as para que lo acompañasen en el más allá.

Eso sí, cuando conseguían cargarse a alguien, luego todos iban al entierro para dar el pésame a la familia, algunos incluso entonces llevaban el cigarro o el puro en la mano.

Por suerte Eduardo acabó con aquel disparate poco antes de comenzar yo, implantando la prohibición absoluta, ni que decir tiene que la salud de la plantilla mejoró ostensiblemente y luego las leyes antitabaco hicieron imposible la vuelta atrás.

Mis padres siempre decían que les tenía que tener lástima, porque eran enfermos drogodependientes; sin embargo, nunca pude tener con ellos este grado de empatía y no consentí nunca

que ningún amigo, ni conocido mío, fumase en mi presencia, de lo contrario me iba rápidamente. Aquel detalle me dio fama de intransigente y un poco insociable, para los fumadores claro.

Después de un rato de espera que se me antojó eterno, por fin vino el metro, como siempre totalmente colapsado de turistas y casi sin espacio suficiente para respirar. Crucé el bolso delante de mi pecho, para evitar que me robasen y conseguí primero poner un pie dentro, pidiendo por favor que se apartasen un poco, finalmente pude poner el otro, justo antes de que se cerrasen las puertas del tren. Mis ojos procuraban siempre abarcar el mayor ángulo posible, intentando detectar sobones profesionales que siempre se mezclaban con las multitudes, por suerte aquel vagón parecía estar limpio de ellos.

Aguanté estoicamente una docena de paradas sin poder sentarme y soporté el olor a humanidad de varios pasajeros con fobia al desodorante y el jabón. Cuando íbamos por el penúltimo tramo de vía, antes de llegar a mi destino, tuve que volver a rogar que me dejasen pasar, cuando lo conseguí por fin pude bajarme y evitar que me arrollase la pequeña avalancha que salió a continuación detrás de mí.

Desgraciadamente las escaleras mecánicas estaban estropeadas, sabía que había una pandilla de adolescentes que apretaban continuamente el botón de paro por pura diversión, fastidiar al resto y encima insultaban a los que les reñían. Por tanto, tuve un segundo calvario subiendo más de setenta peldaños, mezclada dentro de una masa humana totalmente heterogénea y multicultural, con media docena de adictos a la nicotina, incapaces de esperar ni dos minutos antes de encender el maloliente cigarrillo y apestar a todos los que íbamos detrás suyo.

Salí a la superficie y después de recorrer quinientos metros a pleno sol, con una temperatura de 29ºC, según el anuncio de una farmacia cercana, soportar las miradas lascivas de unos musulmanes y los berridos de unos trabajadores municipales que pretendían ser un piropo, por fin conseguí entrar en el edificio de mi periódico. Eso sí bastante sofocada y ansiando poder disfrutar por fin del frescor artificial producido por el aire acondicionado.

Juana, mi compañera de redacción, sin ni siquiera darme el tiempo necesario para tomarme un vaso de agua fresca, me abordó al instante para decirme.

—Llegas tarde, hasta hace poco estaban todos reunidos en la salita, por lo visto alguien ha traído pasteles de queso, lionesas, canapés y bebidas, pero no te hagas ilusiones ¡No creo que te hayan dejado nada!

—No me extraña, muy propio de ellos, me sorprendería lo contrario.

Luego dije en voz baja: «Serán buitres», torciendo el gesto.

Efectivamente, cuando abrí la puerta sólo quedaban cuatro personas hablando de banalidades, las bandejas de los dulces y el pastel ya estaban vacías, igual que las tres botellas de un exquisito y caro cava catalán.

No quise hacerme la ofendida, ni echarles directamente en cara su desconsideración; por tanto, sólo pregunté fingiendo una indiferencia mal disimulada, pues nunca he sabido resistirme al chocolate, la trufa y en general los dulces.

—¿Qué habéis celebrado sin mi presencia, ni dejarme absolutamente nada para mí?

Alberto, uno de los compañeros más rastreros, vio la ocasión de herirme y no la desperdició.

—Beatriz, una de las redactoras de local, cumple los cuarenta y sigue siendo soltera y sin compromiso, como tú.

Aquel ataque injustificado me irritó muchísimo, todavía no había cumplido los veintiocho, de manera que le respondí.

—Si es cachondeo, puedo decirte que te vayas a tomar por… ya me entiendes.

—¡Sigue así y harás muchas amistades! ¡Ya tienes fama de «rarita»!

—¡Sólo conservo aquellas que valen la pena, los que hablan mal de mí a mis espaldas no me interesan!

No se dio por aludido, como si aquello no fuese con él, se giró un momento y me dijo.

—Jaime te estaba buscando. ¡Vete a verle a su despacho!

—¡Lo sé, me lo dijo ayer!

Mis jefes sabían que ayer me tiré diecisiete horas dentro de un coche, por suerte a la sombra, espiando con un teleobjetivo el domicilio de Román, un mafioso rumano, del que se sospechaba que tenía tratos con un tal Guillem, inspector de policía corrupto. Al cual pude fotografiar entrando en su casa y saliendo de ella con una bolsa de deporte bastante llena, no sé si de dinero o de droga, de lo que estaba segura es que no había dentro ningún objeto inocente de uso cotidiano.

Este tipo de corruptelas entre las «fuerzas del orden público», por desgracia solían ser bastante habituales, en muchos de los temas que yo había investigado, luego con el tiempo, me daría cuenta de que la podredumbre llegaba hasta muy arriba y estaba mucho más extendida de lo que yo me imaginaba.

Me di media vuelta y me dirigí al cubil de la fiera. Jaime y Eduardo, el director, estaban corrigiendo unas hojas, seguramente de algún compañero o becario, cuando yo aparecí dejaron

aquello en el acto. Por lo visto, lo que me tenían que decir era mucho más importante. Mi jefe de redacción disparó enseguida.

—¡Hola Isabel! Llegas un poco tarde. ¿Has podido descansar bien?

—Sí, necesitaba dormir ocho horas seguidas, ayer acabé agotada. Creo que al salir de esta habitación no faltará quien venga a preguntarme para que me habéis llamado y si no lo averigua… enseguida comenzarán las especulaciones y rumores.

—Pues diles que no es asunto suyo, que comenten lo que quieran; pero lo que hablemos aquí, de momento no tiene que saberlo nadie más. El periódico quiere que hagas un trabajo bastante delicado y los dos creemos que solo podemos confiar en ti.

—¿Entonces dejo de espiar a Román y al inspector? ¿Y eso por qué?

—Juana puede seguir haciéndolo, está bien entrenada, tú te encargaste de ello. A Guillem y al mafioso casi los tenemos en la picota, además, así no te arriesgas tanto. La razón de nuestra propuesta, es que aparte de saber investigar y escribir muy bien, has demostrado con creces que eres de las pocas capaces de guardar un secreto y no revelar nunca tus fuentes de información.

—Bueno, pues si es por esto último, podéis estar tranquilos. ¡Cuando me entero de algo confidencial, soy un sepulcro de piedra!

—Por esto estás aquí. ¿Has viajado alguna vez a Rusia? ¿Tienes el pasaporte en regla?

—No he estado nunca allí, mi pasaporte es válido hasta el 2021. ¿Por qué me lo preguntas?

—Esto te parecerá raro, me lo han encargado directamente desde la propiedad de la empresa, necesitamos una persona que sepa redactar con un estilo directo y agresivo, como es tu caso y